

2021 Retos Vitales

para una nueva era

Relación entre ciencia y política ante las crisis sanitarias

Luis Alberto Lacalle Herrera



Claves para entender y mejorar el mundo



Reial Acadèmia Europea de Doctors
Real Academia Europea de Doctores
Royal European Academy of Doctors

BARCELONA - 1914



Relación entre ciencia y política ante las crisis sanitarias



Dr. Luis Alberto Lacalle de Herrera

Expresidente de Uruguay.

Académico de Honor de la Real Academia Europea de Doctores (RAED).

INTRODUCCIÓN

Ante la misteriosa pandemia causada por la COVID-19, la coordinación entre ciencia y política ha resultado imprescindible en la búsqueda de una solución y de su implementación. Lamentablemente, en muchas ocasiones, se ha echado en falta la colaboración de los gobiernos con sus asesores científicos de un modo coordinado, comprometido y pacífico. La sociedad ha sufrido las consecuencias y precisamente para evitar que esto se repita en otras ocasiones, resulta de interés analizar la relación entre el poder político y la ciencia para obtener una actuación más coordinada y respetuosa en futuras crisis sanitarias.

El azote de la pandemia no ha perdonado país, continente, religión o cultura. Nunca ha sido más exacta la expresión «pan» para calificar la terrible experiencia que vivimos. Nunca se había vivido una experiencia similar desde París a Praga, de Honduras a Laos, alcanzando tanto a Montevideo como a Montreal, sin excluir ni a Nairobi ni a Nicosia, extendiéndose tanto a Bogotá como a Beijing. Nadie ha escapado a la amenaza ni a los muertos ni los «sintomáticos» o «asintomáticos», palabras y conceptos que hemos aprendido a pronunciar en inglés, castellano, cantonés, japonés y hasta en cien dialectos

africanos. La COVID-19 acecha en cada estornudo, en un apretón de manos, en un ascensor o en la fila de espera de un supermercado.

Otra peculiaridad de este microorganismo es que no tiene padre, ni madre. No se puede responsabilizar a ninguna religión, filosofía, potencia mundial, ni grupo terrorista. No proviene del comunismo, ni del liberalismo, ni de judeo-cristianos ni de musulmanes. No ha sido obsequio macabro de Wall Street ni de Beijing, ni de los ayatolás, ni de Putin. Esta amenaza que nos agrede, al ser huérfana, ha aumentado el temor que ella misma provoca, algo que no ocurre cuando es posible ubicar a un mal determinado en la vereda de enfrente, generando la comodidad de la propia ubicación, por supuesto desde la posición correcta. Pero este no ha sido el caso.



En el caso de la COVID-19, nos hemos visto con un rumbo desconocido, sin brújula ni certezas. Imagen cedida por Pixabay.

Las posiciones maniqueas ofrecen esa ventaja, proporcionan seguridad al analista, pero en el caso de la COVID-19, esa manera de ver los acontecimientos desaparece, no hay brújula ni certeza: el rumbo es desconocido. El virus nos amenaza a todos, y como no sabemos, a ciencia cierta, de qué se trata nos provoca una sensación constante de miedo, incertidumbre y desasosiego.

REACCIÓN DE LOS GOBIERNOS Y DE LOS CIENTÍFICOS ANTE LA INCERTIDUMBRE

¿En esta amenaza, son socios sinceros la ciencia y la política? Ni tanto ni tan poco.

En circunstancias como la presente, los ojos se elevan hacia el poder. En procura de seguridades y certezas, la esperanza se concreta en quienes conducen cada país. Se vuelve al refugio nacional, a la cueva doméstica, al calor del fuego común, a lo sabido y conocido, aunque se le haya denostado poco antes. Esta es la reacción automática y razonable de la muchedumbre, movimiento espontáneo de la manada amenazada por lobos extraños.

Por su parte, los gobiernos responden a la agresión en función de su propia y particular visión del ser humano y de la sociedad que conducen. Algunos, generalmente los que han nacido del consentimiento popular a través del voto, apelan al uso responsable de la libertad y a que se respete la solidaridad utilitaria de «cuidate para cuidarme». Una posición como esta requiere un «*a priori*» cultural que habilita el referido razonamiento pero veremos que no ha sido esta una regla y que en países de una alta ilustración media, el uso de la libertad no ha sido el esperado.

Otros regímenes han puesto el centro de la cuestión en la obediencia, en el acatamiento a las decisiones de la autoridad. En esta categoría aparecen desde gobiernos democráticos hasta dictaduras. El titular del poder asume la conducción y se hace cargo del problema. Para bien o para mal emite directivas, da órdenes y dicta sus decretos al respecto.

Si en uno u otro caso la respuesta hubiese sido la que se buscaba, sin excepciones, la distinción resultaría clara y las categorías fácilmente distinguibles... pero no son así y quizá podamos agregar, que no podía ser así. Por más que el mensaje haya sido claro, la idea de la libertad responsable se ha inclinado más hacia «libertad» que hacia «responsabilidad» y así rebrota el individualismo que supera el temor, que hace caso omiso de los consejos y ¡allí vamos! A la fiesta, a la playa, al mitin...

Aun en dictaduras férreas, la orden se desobedece, las prohibiciones se saltan. No hay temor que valga. Si nos quedamos solamente en los aspectos prácticos, sin apelar a valores, sin lugar a dudas es más difícil saltarse la barrera en países como China o Irán que en España o Uruguay. En ese aspecto

las dictaduras llevan ventaja a la hora de ordenar, de hacer efectiva una resolución... El temor ayuda, pero aún en los países más férreamente controlados, se han producido protestas. Ni que decir en los países libres, en lo político, en su prensa y sus organizaciones sociales. Allí, a lo largo de este proceso sanitario, el encierro y las limitaciones a la vida social no han sido tolerados después de un tiempo o se han desafiado por ignorancia o por mero afán de rebeldía.

Lo que los gobiernos han aconsejado como medida preventiva, el cese o la disminución de los contactos sociales, representa para la sociedad un brutal freno en su vida en comunidad. No poder salir de casa, no ir al trabajo, suspender la práctica del deporte, o cancelar la tertulia cotidiana contradice la esencia de nuestra vida. No es extraordinario que aparezcan desequilibrios mentales, aumenten las querellas intrafamiliares, o se resientan los vínculos. Cuando estos constreñimientos llegan al punto de crisis no hay poder que valga para detener la fuerza del rebaño, de la muchedumbre.

El poder político se ha apoyado naturalmente en la ciencia para fundamentar sus decisiones. La relación entre ambos es muy antigua. La capacidad de curar las enfermedades –cierta o no– siempre rodeó a los médicos de un aura de poder, distinto al de los monarcas, siendo respetados en una forma diferente. Desde lo más primitivo de nuestra historia humana aparece el individuo que se comunicaba con el ignoto mundo de lo sobrenatural y a este se le consideraba el jefe de la comunidad. Esta figura del chamán o brujo evolucionó hacia formas más concretas de curar o de hacer creer que curaba.

Luego llegó la medicina. Tanto el médico del rey, como su confesor, reparador de cuerpos el uno, de almas el otro; tuvieron siempre una especial posición en las cortes. Aun, en el caso de los segundos, pasando por encima de prejuicios religiosos como ocurrió en la España medieval con los ilustres personajes judíos especialmente versados en dicha ciencia.

En estos días inciertos en materia de la pandemia que nos agrede, también el poder político acude a la ciencia para apoyar en ella sus decisiones sobre cómo enfrentar el desafío.

CERTEZAS MÉDICAS

Sin lugar a dudas, la ciencia ha llegado a profundidades extremas en la investigación acerca de la vida humana. El logro de conocer el genoma humano, la raíz de la existencia del ser, ha abierto posibilidades fantásticas a la medicina. Que haya sido posible «fotografiar» el virus, al punto de que hoy todos conocemos esa esfera con sus peculiares protuberancias, le ha dado un «rostro» al enemigo de la humanidad, lo ha incorporado al paisaje cotidiano, nos lo ha hecho familiar.

Ahora bien, ¿sabemos todo sobre el tema? Rotundamente no.

La certeza de que hay aspectos en los que domina la duda no deja de ser un factor de humildad. El camino se vuelve azaroso y avanza por un grado de incertidumbre que nos baja a tierra, nos advierte de nuestros límites y por ello engendra un temor primario, en cierto sentido tan profundo como el que en otros tiempos lejanos introdujo el miedo en el ánimo de nuestros más lejanos antepasados.

Basta recorrer las noticias y los trabajos científicos de los diez últimos meses de 2020 para percibir la sensación de incertidumbre en cuanto a la enfermedad, su génesis, su transmisión y –eventualmente– su remedio.

La verdad es que durante estos meses pasados hemos oído de todo. ¿El origen fue un pangolín o un murciélago? ¿Se trató, tal vez, de una maléfica voluntad de crear un arma biológica, como el ántrax o similares? Ante la ansiedad, han surgido todo tipo de rumores y de aseveraciones, alguna de ellas, con un pretendido sostén científico.

La proliferación de noticias sobre la pandemia en los medios tradicionales de informa-



Hay un límite al conocimiento científico en esta crisis de la COVID-19. Reconocerlo parece vital a efectos de coordinar la lucha global. Licencia Creative Commons.

ción y su rebote en las redes sociales seguramente han acentuado los temores de la sociedad en general. Basta que una noticia, por descabellada que sea, se convierta en una tendencia para que se difunda a través de todo el planeta. En estos casos, está demostrado que siempre tendrá una repercusión más fuerte la noticia más negativa, por lo que las orientaciones positivas en cuanto a qué hacer para prevenir la enfermedad pasan a un segundo plano.

Como consecuencia del poco conocimiento que se disponía al principio de la pandemia, los mensajes emitidos por las autoridades sanitarias llegaron a resultar contradictorios. Hemos sido informados para luego ser corregidos: «el virus se propaga con mayor facilidad en temporadas cálidas». «Qué no, que ello ocurre en los inviernos». «Que se contagia por el aire». «No, que por el contacto físico». «Que la correcta distancia es tal o cual a efectos de prevención y seguridad».

Hay un límite al conocimiento científico en esta crisis de la COVID-19. Reconocerlo parece vital a efectos de coordinar la lucha global. No hay certezas, no hay cimientos sólidos, por esto se ha avanzado en base a una cartografía no muy conocida. ¡Menuda navegación!

Un claro ejemplo de esto es lo ocurrido con las vacunas. Sabemos que hay varias que se encuentran en distintas fases de concreción. La competencia ha sido intensa. La ciencia se ha visto estimulada por elementos ajenos a ella. Hemos visto cómo las prioridades han sido dictadas desde intereses políticos reeditando, en ese plano, rivalidades nacionales. China, Estados Unidos, Reino Unido y Rusia, para citar a los partícipes de más peso internacional, se enfrentan en este novísimo aspecto con el mismo fervor que en los planos político y económico.

Además, un sujeto de derecho internacional, la Organización Mundial de la Salud (OMS), ha aparecido en escena en ejercicio de sus competencias, pero también ingresando en una suerte de competencia política. Su director ha sido muchas veces errático en las apreciaciones sobre la pandemia,

sus orígenes y su eventual desarrollo. Por ello ha sido objeto de críticas y ha ingresado en una polémica ajena a su competencia. Durante el Gobierno de Donald Trump, Estados Unidos ha adoptado una posición de marcado aislamiento con un importante ingrediente de sospecha y crítica a las organizaciones multilaterales. La Organización Mundial del Comercio, el acuerdo de París sobre cambio climático, la OTAN y la OMS se han visto debilitadas por el retiro de la principal potencia o su decisión de no aportar financiación a las mismas.

A tal punto ha llegado la introducción del ingrediente político que hemos asistido al espectáculo de ver a primeros mandatarios ensayar en sus personas remedios de dudosa o cuestionada eficacia, en un afán de superar la enfermedad que a alguno de ellos ha afectado.

Lamentablemente, el poder político y el científico, cuya coordinación es vital para un éxito en este gran problema, se han trenzado en querellas y en mutuas reconveniones que perjudican el buen final. Mientras uno pide certeza, el otro solo puede informar sobre lo probado en el laboratorio. En el primer caso prima responder ante la urgencia de la sociedad, en el otro prima el método científico con la natural lentitud de los procesos. Un correcto análisis de sus respectivos planos de acción y opinión luce como indispensable. La ciencia como auxiliar del poder, y este como máxima autoridad social legítima.

La exactitud de los resultados a la que llegan los científicos no puede discutirse en el plano del diagnóstico, aunque sí caben interrogantes al encarar la terapéutica, lo advertimos en la carrera por la vacuna. El objetivo ya es conocido y es el blanco al que se debe acertar con la medicina correcta y con los tratamientos eficaces. Otro punto distinto es el del arma a utilizar. Los caminos elegidos son diferentes. En este aspecto no hay infalibilidades, se ensaya y se avanza a pasos cortos con la conciencia de estar pisando terreno ignoto y con la premura de no disponer de todo el tiempo necesario para la prueba y el error, típico de los laboratorios.

Se trata de una auténtica batalla y en medio de ella, la presión sobre los científicos ha sido inmensa. La sana competencia por el saber tiene a su lado, incitando, pidiendo y aun exigiendo a los grandes poderes políticos y económicos queriendo obtener una victoria que opera su influencia en un plano distinto.

Los gobiernos han acudido a los laboratorios y a las academias a buscar un sustento científico para sus decisiones. Esto es lo correcto, la ciencia como auxiliar del poder. Tal cual ocurre en todos los demás órdenes de la vida institucional, podemos considerar al acto de gobierno como un proyectil cuya carga explosiva es suministrada por el conocimiento.

Al final, la última palabra la tiene el gobernante siempre enfrentado a la inevitable tarea de decidir, que es la esencia del ejercicio del poder. Con el aporte de médicos infectólogos y demás expertos, será el presidente quien arriesgue el camino de la libertad responsable, o quien disponga el encierro y la cuarentena, ni una ni otra, soluciones perfectas.

Las armas del gobernante están en la normativa que le permite actuar, es decir, en el Estado de Derecho, ya que quien se rige por leyes, solo puede hacer lo que le está permitido y lo debe llevar a cabo cumpliendo pasos formales estrictos. La variable libre es la de la cultura, criterio y sensatez de quien ejerce el poder. Otros bien distintos son los medios del dictador.

Decidir cosas tan graves y trascendentes en materia tan teñida aún por incertidumbres no es ni fácil ni probablemente eficaz. Romper los moldes de la habitual vida de relación social clausurando barrios e incluso ciudades enteras, provocando ruina económica, alterando seculares formas de vida comunitaria no es gratuito para el gobernante, sobre todo en países libres de ejercicio democrático del poder.

Nueve o diez meses con dichas alteraciones pasan factura a las decisiones. Tampoco es fácil el equilibrio entre las medidas sanitarias necesarias y sus consecuencias en la economía.

Los constreñimientos a la normalidad han generado nuevas costumbres y prácticas laborales que quizá no han perjudicado demasiado a determinadas actividades pero que, en general, han provocado caídas de gran porcentaje a lo global de cada economía. Ante el dilema de abrir la sociedad para no perjudicarla en los bolsillos pero no hacerlo en demasía para no facilitar los contagios, el gobernante no encuentra respuestas concluyentes. Si además su legitimidad como tal depende del apoyo popular, no es fácil el ejercicio del poder. Inevitablemente uno y otro aspecto del problema serán materia prima de la discusión preelectoral y se convertirán en munición gruesa en la competencia por el voto.

Las dos palancas que puede usar el gobernante legítimo son la de prevenir o curar la enfermedad y la de abrir más o menos la economía. Rotundamente se ha expresado: morir por COVID-19 o morir de hambre.



Debido a la pandemia millones de personas han perdido su empleo, lo que hace que el conflicto entre salud y crecimiento económico sea muy fuerte. Imagen cedida por Pixabay.

Suena demasiado duro pero para millones de personas que han quedado sin trabajo no parece exagerado. Aún con cifras de letalidad altas, cuando la tripa no se llena, no falta quien, en uso de una lógica primitiva pero vital, prefiera arriesgar el contagio con tal de ganar un jornal. Dos razones fortísimas en conflicto.

El caso más notorio es el de las recientes elecciones en Estados Unidos. En ellas el tema de la pandemia ha estado muy presente: la manera de encararla, las próximas armas (o no tanto) en forma de vacunas, las consecuencias sobre la economía especialmente en lo laboral y el manejo de los instrumentos constitucionales para ello. Por un lado hemos visto a Donald Trump minimizar el peligro, enfrentar la situación con mediciones y prácticas más o menos probadas, y con un anuncio prematuro de la superación de la crisis. Del campo retador se ha visto una fortísima crítica a todo lo que el Presidente en ejercicio hacía en uno u otro sentido. Y para añadir más complejidad a la situación, en medio de los contendientes, una opinión social prisionera del miedo, achicada en sus ingresos, y pronta a creer que hay una salida pero sin que los pretendientes políticos la hagan creíble.

Hoy sabemos que el expresidente Trump perdió las elecciones por la influencia de la pandemia. La percepción por parte del electorado de que no había tomado en serio la situación o que las medidas adoptadas no fueron las correctas afectó al resultado final. Nada pudo contra esta opinión generalizada, ni siquiera las buenas cifras de empleo y la mejora de la situación económica.

Esto no ocurre en China por cierto. En este país, al no realizarse elecciones, ni tener en cuenta lo que opinan sus habitantes, este tipo de régimen político no se preocupa por las consecuencias de sus decisiones en la sufrida humanidad sobre la que imperan. Parecería que la ventaja es para las dictaduras pero no es tan así de claro. El miedo es mal consejero y cuando la vida está en primera línea de fuego, no es tan fácil hacer efectivas las órdenes.

Si por la libertad política se vivió un Tiananmén, por la vida y la salud puede repetirse.

CONCLUSIONES

Como hemos narrado, las tensiones entre científicos y políticos son inevitables por lo que, para suavizar esta relación, sería muy recomendable esta-

blecer los límites de las respectivas competencias hasta donde sea posible, sabiendo de antemano que no es fácil la tarea.

El científico opera sobre resultados técnicos que, en el diagnóstico, son más firmes que en la terapéutica. La ciencia avanza sobre prueba y error. Lo demuestra el vacilante paso de los que buscan la vacuna, sus avances y retrocesos, sus aciertos y errores. Pero este campo, en su línea de fondo, podrá medirse el éxito mediante inmutables escalas exactas.

El político por el contrario opera sobre una variable concreta que es la realidad y sobre otra de imposible medición exacta que es la opinión pública. No es usual que el titular del poder en una sociedad democrática se inmole llevando a cabo una heroica pero impopular política. Por el contrario, sí se dan casos en los que un gobierno pone todo un capital electoral en juego para conducir a la sociedad por el camino correcto. Es justo en estas circunstancias donde nace la máxima que distingue al político, diferenciando quien solo piensa en la siguiente elección de aquel estadista que tiene como mira la próxima generación.

La ciencia, una vez llega a las conclusiones probadas, puede ayudar mucho al político en su toma de decisiones, pero no ocurre lo mismo en la manera de interpretar y a la vez conducir a los ciudadanos. Los insumos científicos aportan cuasi certezas, pero la manera en la que se comprendan y acepten integra ese tan difícil arte que es el gobierno.

El ejercicio del poder seguirá siendo uno de los desafíos más grandes de la vida social: misterioso e inexacto es el llamado al servicio.

Un drama cotidiano, una tarea que no es para todos.

